

Una noche de suerte

Moira T. Serradil

SARA MARÍA TOLEDO SILLERO

Una noche de suerte



Porque, como todo mago sensato sabe
perfectamente, con la suerte no se juega

Capítulo 1

El joven Aster había sabido desde el principio que la idea de su amiga Eileen podía acabar siendo la peor que había tenido nunca, pero jamás hubiera sido capaz de imaginar que todo podía terminar de aquella manera. Claro que, cuando el sol había salido aquel día, a ninguno de los dos se le había ocurrido la posibilidad de que el mero despiste de olvidar cerrar mágicamente la puerta la noche anterior, un descuido que en otras moradas no tendría por qué haber supuesto más que una regañina y un castigo normales y corrientes, iba a costarles tan caro.

Así que allí estaba: el joven heredero de los condes de Almadia, a pesar de estar armado con espada y daga, y de ir protegido con una resistente coraza, necesitaba respirar hondo para que no se le notase demasiado lo tenso que estaba y lo reseca que tenía la boca. Sabía que su tutor, por muy mala fama que tuviera y por muchos roces que hubiera tenido con su padre en el pasado, no se atrevería a hacerle daño; pero su ira, aunque no fuera expresada de la manera más violenta, no era un espectáculo grato. El mago Melanto Darkstar (*Lord Melanto Darkstar*, duque de la Estrella Negra, como insistían en recordarle sus padres) era un hombre bastante más joven de lo que cabría esperar de un temible nigromante, con una piel blanca y fina que acentuaba la primera impresión de que era frágil y seco como una brizna de paja, pero desprendía un aura tan poderosa que hasta un mortal común como él podía percibirla; y sus ojos negros, penetrantes y fríos como escalpelos, le daban al apurado noble la impresión de estar siendo diseccionado mentalmente. Menos mal, pensó, que ni siquiera los magos pueden matar con la mirada.

Cuando finalmente habló, la voz del hechicero sonó grave, contenida y helada, en consonancia con la expresión de su rostro:

—Así que Eileen te convenció para que os colárais en el castillo de Erebus Oleander.

—Sí, maestro.

—¿Con un amuleto de la suerte creado por ella misma?

—Eh... sí, maestro.

—Para ir a recuperar un libro de magia que no es asunto vuestro, y cuyo robo no pudísteis impedir...

—... porque, en lugar de estar atendiendo adecuadamente a nuestras respectivas tareas, estábamos despistados, perdiendo el tiempo con tonterías de colegiales —completó el joven Almadia, sumisamente,

rascándose una rubia barba aún no muy espesa—. Sí, maestro.

—Y cuando os pillaron los guardias... unos simples guardias normales y corrientes, armados sólo con vulgar acero... ¿te marchaste? ¿Y dejaste que se llevaran a tu maga?

—¡No podía hacer nada, señor! —se defendió el guerrero, con los ojos grises destellantes de rabia— ¡Probablemente el plan inicial fuera raptarme también a mí; y sólo me dejaron allí, tirado en el suelo, semiinconsciente, porque reconocieron el escudo de armas de mi espada cuando se disponían a quitármela! Por eso vine corriendo a avisaros a vos...

Lord Darkstar hizo un gesto distraído, como si aquello fuera lo último que le importara, y Aster era perfectamente consciente de que así era. El mago se levantó de su asiento detrás del escritorio y se quedó mirando sin ver por la ventana, con los ojos perdidos en la lejanía, y el semblante pálido y rígido pero inexcrutable.

—Te voy a dar una lección gratis esta noche, Almadia —dijo, finalmente, con amarga ironía—. Un guerrero jamás permite que un mago tenebroso secuestre a su soporte mágico. Porque no hay nada peor para un mago, y para el señor al que eventualmente sirva, que caer vivo en manos de un nigromante. A estar horas, tu insensata compañera estará deseando, con todo lo poco que quede de su ser, haber elegido una manera menos heroica y más rápida de firmar su sentencia de muerte.

Aster se sintió como si alguien le hubiera obligado a tragarse un estoque. Pero, unos segundos después, se le endureció orgullosamente la mirada:

—Pues, con todo el respeto del mundo, yo la entiendo, señor.

—¿Cómo dices? —Inquirió el hechicero, arqueando una ceja.

—Digo que la entiendo —repitió el guerrero, con énfasis—. Yo no estoy estudiando magia. Sólo estoy aquí para aprender cómo otros pueden utilizarla a mi favor o contra mí en el campo de batalla, y a sincronizarme con mis aliados hechiceros para combinar nuestras habilidades de manera efectiva. Así que el error que cometimos anoche no es tan grave para mí como para Eileen. Pero si sé que, si yo tuviera que elegir entre ser la vergüenza de mi casa, y pasar el resto de mis días arrastrándome de rincón en rincón, mendigando unas migajas de respeto y consideración, tal vez incluso ser repudiado y expulsado con deshonor, y una muerte en combate intentando reparar mis errores, no le quepa la menor duda de que me quedaría con lo segundo.

—Vaya, parece que el aspirante a conde empieza a darle lustre a su título—replicó Lord Darkstar.Había algo en su tono sarcástico que daba la

impresión de que se sentía herido por aquella acusación más o menos velada—. Pero no creo que vayas a vivir lo suficiente como para heredarlo si sigues siendo tan poco pragmático. Dime, Almadia... ¿qué perdáis tú y mi ingrata protegida con dejarme a mí lo de hacer los planes para recuperar mi libro? ¿Un día? ¿Dos? Créeme: los hechizos que hay en ese libro no pueden dominarse en tres días, y los magos viejos y debilitados necesitan tomarse su tiempo para hacer magia en serio sin que les cueste la vida. Ahora, todo será mucho peor. El asunto ya no se reduce simplemente a lo que Oleander pueda llegar a hacer con mis conjuros, que ya es bastante malo. Ahora, además, tiene en su poder a mi mejor aprendiz, una maga con un potencial nada común. Aunque todavía está muy verde, posee un poder latente tan alto como el del mismo Erebus Oleander, tal vez incluso mayor. Y cuando esa sabandija descubra lo que realmente ha caído en sus manos, cuando le haya arrancado todos sus secretos y los míos bajo tortura, absorberá para sí su poder mágico. Entonces sí que tendremos un problema: tú, yo, el reino entero y, naturalmente, la misma Eileen, que sufrirá una muerte lenta y dolorosa. El Poder mágico forma parte de nuestro cuerpo de manera física, como nuestros propios huesos, nuestra sangre o nuestra actividad cerebral... ser drenado de toda la magia que uno posee no es un proceso precisamente agradable, ni al que se pueda sobrevivir.

El tono de voz del mago ya no contenía cólera, sino miedo; y el joven heredero Almadia no tardó en decidir que prefería mil veces verlo enfadado. Pero, desde luego, no podía reprochárselo: las descripciones que le estaba haciendo sobre la auténtica envergadura del problema que habían causado estaban haciéndolo sentirse mareado. No quería ni imaginarse a su compañera de equipo sufriendo aquel tipo de horrores, porque sabía que sólo necesitaba que se le pasara la idea por la cabeza para acabar vomitando. Y la idea de que el cruel y mezquino Lord Erebus Oleander duplicara su poder, lo cual le permitiría finalmente superar a su detestado rival en las artes oscuras y empezar a extender su dominio por el reino abiertamente, le resultaba tan espantosa que no quería ni plantearse que fuera posible.

—¿Y... no hay ninguna manera de rescatarla antes de que ocurra todo eso? ¿Maestro?

—No estoy seguro. Nuestro margen de tiempo depende de cuánto consiga resistir ella a las torturas de Olander... lo cual suele depender, a su vez, de cuánto tarde el mago en cuestión en descubrir el punto débil de su víctima...

En ese momento, alguien llamó a la puerta, y tanto el mago como su tutorando contuvieron la respiración. Aster acercó la mano lentamente al pomo de su elegante espada, y Lord Darkstar le hizo un gesto, invitándole

a mantener la calma.

—Pasa. —Ordenó el hechicero.

Una silueta relativamente menuda, cubierta de pies a cabeza de barro y polvo, entró dubitativamente en la estancia. La criatura, a todas luces una hembra joven de una especie antropomorfa inidentificable, despedía un penetrante olor a tierra húmeda y humo; y sus movimientos algo vacilantes y su sucia, larga y abundante mata de cabello castaño, desgredada y apelmazada por la sangre que le manaba de una herida aún abierta en la sien, les hubiera hecho pensar que se trataba de un zombi de no ser por los grandes ojos, también castaños, brillantes y despiertos, que delataban a un ser dotado de lucidez y voluntad propias. Tardaron unos minutos en reconocer en aquella especie de sílfide salvaje de terracota los rasgos finos pero insolentes de la joven bruja supuestamente en apuros.

El semblante de Lord Darkstar se endureció tanto que Aster retrocedió instintivamente, asustado; pero la penumbra de la sala no le permitía ver la expresión del rostro de la joven, disimulada por la suciedad. Lo que sí pudo ver fue como la chica hacía amago de abrir una especie de zurrón inexistente, y sacaba de una grieta en el aire un pesado volumen de cubiertas carmesíes para depositarlo en una mesita cerca de la pared.

Entonces, el mago oscuro se apareció bruscamente al lado de su aprendiz, con el semblante transfigurado por la ira. Con un solo gesto de su mano, todo el barro se esfumó, y de debajo de él surgió una Eileen pálida de terror, con la ropa rota y estropeada, pero que seguía siendo la misma que llevaba puesta cuando los guardias del Castillo Erebus la habían arrastrado con ellos. Luego, el brujo levantó el brazo y asió con fuerza el aire; y el cuerpo de la aprendiz se elevó varios palmos del suelo. La muchacha no se resistía, pero jadeaba y luchaba por llenar los pulmones, como si una gigantesca mano invisible la tuviera aferrada agresivamente por el cuello. Lord Darkstar sonrió con despiadada frialdad:

—Tienes tres segundos para decirme qué o quién eres, antes de que empiece a apretar.

Ahuyentado el estupor, el futuro conde de Almadia desenvainó definitivamente la espada:

—Y no estaría de más que nos dijeras qué ha pasado con la verdadera Eileen Dawnlight.

La chica sonrió, tensa, como si el simple hecho de mover los músculos de

la cara le provocase dolor:

—Hace dos años, quise preparar a escondidas un Suero de la Verdad; y le dije a Lord Melanto Darkstar que había estado metida en mi habitación toda la mañana, cuando él ya sabía que, en realidad, me había colado en su laboratorio secreto para coger algunos de sus ingredientes para pociones. Como castigo, me hizo preparar la poción delante de él y luego beberla; y se pasó las tres horas que duró el efecto del brebaje preguntándome cosas como si había orinado en la calle alguna vez, si me había llevado algo de alguna tienda sin pagarlo, si lo encontraba atractivo o quién era la primera persona con la que recordaba haber deseado acostarme. Por favor, no me hagáis repetir lo que contesté. Os juro por todos los dioses jamás adorados que esta vez no os estoy mintiendo.

El nigromante bajó el brazo despacio para depositar a Eileen en el suelo, y luego fue a examinar el libro rojo. Al pasar junto a uno de sus estantes cargados de líquidos y plantas medicinales, cogió un frasco de ungüento y se lo entregó a la joven, que empezó a aplicárselo sobre la herida en la frente mientras su maestro examinaba detenidamente su pesado infolio. Al cabo de unos minutos de inspección, tanto a simple vista como con ayuda de algunos conjuros, regresó a su escritorio y se acomodó en la trabajada silla, con aire de satisfacción.

—Muy bien, chica... tienes muchas cosas que explicar.

—Es una larga historia.

—Tenemos todo el tiempo del mundo.

Aster todavía estaba pálido y tembloroso, y observó, casi enajenado, como su amiga se derrumbaba en una de las sillas que había frente al escritorio, agotada. Se sentó en el único asiento que todavía quedaba libre, a su lado; y, cuando ella le dedicó una sonrisa cansada, pudo finalmente despegar los labios y acertar a decirle:

—Siento haber huido. Me dejaron atontado con un golpe, y cuando me recuperé estaba completamente solo... y no tenía ni idea de qué hacer. El cerebro de la operación eras tú, y a mí sólo se me ocurrió volver, y...

—No pasa nada —lo interrumpió ella, dándole un apretón cariñoso en el brazo—. Probablemente, hasta haya sido mejor así.

Lord Darkstar asistía al reencuentro con las cejas arqueadas, golpeando la mesa con los dedos impacientemente. Y Eileen, que llevaba ya el tiempo suficiente estudiando magia con él como para saber lo que significaba ese gesto, decidió dejar la conversación entre camaradas para más tarde y

procedió a contar su extraña aventura en el Castillo Erebus.

* * *

Eileen no recordaba claramente cómo había llegado hasta aquella celda polvorienta, pero era innegable que no había sido por su propio pie. Simplemente, cuando pudo volver a ser consciente de su cuerpo, se encontró detrás de los barrotes, desmadejada sobre el frío suelo de piedra, como una muñeca de trapo.

Se suponía que la sortija de amatista que llevaba en el dedo tenía que servirle como amuleto, pero era más que evidente que algunos de los conjuros con que había encantado la gema le habían salido mal, porque no podía encontrarse en una situación más desafortunada.

Naturalmente, no había sido tan estúpida como para arriesgarse a entrar clandestinamente en el castillo del rival de su maestro sin protegerse primero, al menos en la medida de sus capacidades. El Encantamiento Barrera era un conjuro de protección sencillo, e incorporarlo a la magia de la amatista que llevaba en el dedo había sido un juego de niños. Pero, por desgracia, ese conjuro en concreto sólo podía protegerla de los hechizos y maldiciones, armas de magos, y no de los recursos más contundentes. Apenas Aster y ella se aproximaron al castillo, el joven guerrero había sufrido un violento ataque de tos, y todos los guardias del viejo nigromante habían caído sobre ellos como serpientes sobre ratones. Y, antes de que se le hubiera ocurrido recurrir al conjuro de camuflaje que había estado ensayando los últimos días, alguien le dio un golpe con un objeto de acero en la cabeza... y allí estaba ahora, prisionera del segundo mago más poderoso del reino, y todo por haber decidido echar una última carrera de enseres de cocina encantados por el patio del castillo (estaba decidida a ganarle a Aster de una vez, ya le debía dos o tres rondas en la posada de sus tíos) antes de cumplir con su obligación de cerrar la puerta con magia.

Por supuesto, al final se le había acabado olvidando por completo. Sólo lo recordó al día siguiente, cuando se dieron cuenta de que unos espías de Lord Erebus Oleander (marqués de las Tierras de Umbra, y pariente lejano de la familia real por el matrimonio de su sobrina-nieta con la actual princesa heredera) habían conseguido entrar y salir del castillo durante la noche, llevándose consigo la más preciada posesión, después de su propia vida, del poderoso mago Melanto Darkstar: su grimorio personal. Este había montado en cólera, hasta tal punto que todavía estaba intentando encontrar el castigo más ejemplarizante que pudiera aplicarle a su aprendiz sin acabar matándola (al menos, no demasiado rápidamente) cuando ella, aterrorizada ante el silencio gélido de su mentor y totalmente desesperada, le había suplicado al heredero de los condes de Almadia, compañero habitual de correrías y con quien hacía un buen equipo de

magia y espada, que la acompañara a intentar recuperarlo.

Así había acabado la que debería haber sido una travesura completamente inofensiva. Seguramente, sería torturada y asesinada. Y, si Oleander le daba a su intrusión la importancia suficiente, tendría un enfrentamiento serio con Lord Darkstar, lo cual sería una catástrofe. Pero es que, si lograba salir de allí con vida, acabaría siendo ella la que tuviera que rendir cuentas personalmente ante su maestro, y eso sería aún peor. La gran ventaja de aprender magia con el mago oscuro más poderoso del reino era que uno podía hacer prácticamente lo que quisiera: colarse en el laboratorio secreto para hacer pociones a escondidas, encantar el mobiliario por mera diversión, incluso "coger prestadas" las gemas del tesoro de su maestro para emprender una aventura suicida con el hijo de un viejo enemigo. La gran desventaja era que, si su maestro lo pillaba haciéndolo, le arrancaba la piel a tiras. Literalmente.

Así que más le valía conseguir lo que se había propuesto, aunque tuviera que dejarse la mitad de su cuerpo atrás.

La joven intentó quitarse la sortija del dedo, pero no pudo. Bien, eso significaba que algunos de los sortilegios que le había puesto sí funcionaban. Todavía estaba algo aturdida: el golpe en la sien le había producido una herida no muy grande, pero que le dolía y sangraba. No obstante, iba recobrando sus facultades con rapidez, y no notaba que su percepción y sus capacidades físicas y cognitivas estuvieran alteradas, así que no podía permitirse gastar energías sanándola. Además, la sangre fresca que aún manaba del corte le iba a permitir intentar aquel nuevo conjuro, el que permitía atravesar y ser inmune al metal. Era un encantamiento difícil, y Lord Darkstar no paraba de decirle que todavía le quedaban muchas sesiones de patear la puerta de acero del patio antes de poder usarlo; pero la perspectiva de acabar su corta y lozana vida convertida en grillo la invitaba a ser audaz. Y el dicho de que la Fortuna sonrío a los audaces resultó ser cierto: se sentía tan agotada como si hubiera pasado la noche sin dormir, pero pudo atravesar los fuertes y sólidos barrotes de acero como si fueran de agua.

—"Perfecto. Ahora que estoy libre es el momento de retomar la misión!"

Naturalmente, aquello era más fácil de decir que de hacer: no tenía ni idea de qué había podido ser de su compañero, aunque esperaba que hubiera conseguido huir (ser hijo de un noble tenía sus ventajas, incluso tratándose de Erebus Oleander, porque ni siquiera a los magos tenebrosos más temibles, aunque estuvieran emparentados remotamente con la futura soberana, les resultaba atractiva la idea de enemistarse a muerte con un par del reino), así que estaba sola y prácticamente desarmada.

Conocía varios hechizos de combate y tenía buena puntería, pero no estaba segura de poder sacarles verdadero partido: su auténtica

especialidad era la magia curativa y de apoyo, en la que se incluía más la manipulación de objetos e ingredientes mágicos que la invocación de grandes fuerzas destructivas. Qué se le iba a hacer: haber pasado toda su adolescencia viviendo entre fogones en la posada de sus tíos la había marcado mucho en cuanto a sus habilidades, intereses y expectativas. Por suerte o por desgracia.

Además, no tardó mucho en percatarse de que, pese a estar en el castillo de un mago (o, tal vez, precisamente por eso), la magia allí le iba a servir de muy poco. Intentó algunos conjuros para iluminarse mejor el camino o camuflar sus signos vitales, pero no funcionaron por más que repasó las palabras mágicas una y otra vez. Al salir al pasillo principal de las mazmorras pisó algo en el suelo, y un líquido goteó del techo. Pudo apartarse para que no le cayera encima; pero una potente deflagración la envió volando, y luego rodando, por todo el pasillo, como una pluma arrastrada por un huracán. Cuando consiguió ponerse en pie, sorprendida de tener todavía todos los miembros en su sitio, casi se volvió a desmayar al percatarse de lo cerca que había estado de caerse por unas empinadas escaleras, que partían del rincón más profundo de aquel sótano y se perdían en la negrura. Unos instantes después se dijo, sarcástica, que tal vez era demasiado inepta como para llegar a comprender a qué clase de señor, por muy marqués y muy mago que fuera, le podía parecer buena idea utilizar nitroglicerina en una trampa de interiores.

—"A uno que tiene guardias en lugar de conjuros protectores, diría mi maestro. Aunque supongo que Lord Oleander, como cualquier ser humano vivo, tiene sus pequeños placeres culpables... y no me sorprendería que ejercer innecesariamente algunos sus derechos de noble fuera uno de ellos."

Aunque la explosión no hubiera destrozado por completo el pasillo, ser violentamente desmembrada no le apetecía mucho más que ser un grillo, así que decidió no intentar volver sobre sus pasos y continuar con su exploración bajando por aquellas escaleras.

Con cada peldaño que la alejaba de las zonas habitables del castillo, y por lo tanto del objetivo que se había marcado, se preguntaba con más desesperación qué demonios se suponía que estaba haciendo; y el olor a hierro que emergía de un túnel lateral (al parecer, procedente de una criatura que debía de haber estado esperando su turno para atacarla justo debajo de la potente lluvia explosiva, y que había recibido de lleno en la cabeza toda la piedra que la nitroglicerina había hecho volar) no la ayudaba en absoluto a tranquilizarse. Al cabo de un rato de bajar tramos de escalera totalmente a oscuras, sin poder ver siquiera su propia mano derecha, como si estuviera nadando en tinieblas, sin oír cerca de ella más que el sonido de sus propios pasos (no podía oír su propia respiración; así que, al parecer, otro de los hechizos que había puesto en la amatista, el de camuflaje de las constantes vitales, también había funcionado) y con

una herida ardiente en la sien, se sentía al borde de la histeria. Volvió a intentar conjurar una pequeña llama portátil varias veces, así como extender el camuflaje al sonido de sus pasos, pero lo único que conseguía era que le doliera la cabeza todavía más, así que no le quedó más remedio que seguir avanzando a tientas, temiendo que llegara un momento en que pisaría el vacío, o que alguien la encontraría en la oscuridad por el ruido de sus pasos.

Le resultaba difícil hacerse una idea de cuánto rato llevaba allí, y llegó incluso a plantearse la posibilidad de haber caído en otra trampa: llevaba el tiempo suficiente estudiando en la vivienda de un mago tenebroso como para saber que, algunas veces, las escaleras que parecen "demasiado largas" son en realidad pasadizos encantados que mantienen atrapados en su interior a quienes se aventuran en ellos. Pero, aunque aquel fuera su caso, en realidad no le quedaba más remedio que seguir bajando escalones. Básicamente, porque no tenía nada mejor que hacer. Quedarse dormida con un golpe en la cabeza y no volver a despertar, o ser capturada de nuevo durante su sueño, no le apetecía mucho más que ser devorada por una gigantesca criatura no identificada, morir despedazada o ser un grillo.

Finalmente, tras lo que le parecieron horas, una luz procedente de algún lugar delante de ella empezó a iluminar la escalera; y, tras unas decenas de escalones más, se encontró en un largo pasillo de piedra, que desembocaba ante una gran puerta de madera. Estaba cerrada, pero unos resplandores dorados asomaban por debajo de las grandes hojas.

La joven bruja se acercó sigilosamente y se asomó por la cerradura. Lo que había al otro lado era una gran sala llena de estantes, libros, redomas, tarros de cristal y cajas de madera, bañadas por un fuego abundante que crepitaba en una pequeña chimenea. Entre el fuego y la puerta, una figura alta y desgarrada proyectaba una sombra siniestra; y Eileen sintió casi físicamente el poder que desprendía: aquella silueta no podía ser sino la de Lord Erebus Oleander. A todas luces, había ido a dar, precisamente, con el estudio o laboratorio secreto del temible hechicero.

Tragó saliva como pudo y se apartó de la cerradura, intentando pensar en un conjuro que sí dominara y que le permitiera esconderse allí hasta que el brujo se hubiera marchado; pero, naturalmente, aquello hubiera sido demasiada suerte para una aprendiz a la que, aquella noche, por algún motivo inexplicable, sólo le salían bien los conjuros que se suponía que no debía ni intentar: no conseguía recordar ni una palabra del conjuro de camuflaje; pero sí recordaba cómo convertirse a sí misma en un dragón rojo gigante, una invocación que ya le había costado la vida a magos más hábiles, poderosos y curtidos que ella.

—"Sencillamente genial. Menos mal que el maestro no está aquí para verme, le faltaría tiempo para buscarse otro aprendiz y mandarme otra

vez a fregar cazuelas en la posada de mis tíos."

Justo cuando empezó a pensar que tal vez sería mejor quedarse allí, sin más, hasta que se le refrescara un poco la memoria (o se le ocurriera otro hechizo que sí pudiera realizar sin que su propio Poder mágico le quemara la sangre), la puerta se abrió repentinamente; y la sombra que había visto llenar la estancia a través de la cerradura se proyectó sobre ella. Lord Erebus Oleander la observaba socarronamente con sus gélidos ojos azules y una sonrisa siniestra.

—Entonces, joven... ¿no vas a entrar a saludar a este pobre anciano?

Desde luego, aquella no era precisamente su noche de suerte.

Hacía calor en el laboratorio, pero ella tenía frío. El corazón le latía a toda velocidad, y estaba empezando a sentirse mareada. Pero bastante avergonzada se sentía ya como para, además, mostrarle al anciano rival de su maestro lo aterrada que estaba, así que se dedicó a observar la estancia en la que acababa de entrar, no sin curiosidad. No estaba segura de que fuera habitual para un intruso ser admitido en aquel lugar, aunque sólo fuera para ser diseccionado vivo. O devorado por un monstruo gigantesco. O brutalmente despedazado. O transformado en grillo.

La habitación era bastante grande, pero estaba tan abarrotada que no lo parecía. Para unos ojos no habituados, podía dar la impresión de que todos aquellos libros, frascos y aparatos estaban simplemente colocados en el primer sitio en el que su propietario había decidido soltarlos; pero para Eileen, que ya sabía las propiedades y usos de la mayoría de ellos, era evidente que aquella ensalada de artilugios mágicos respondía en realidad a ese caos ordenado que caracteriza a los magos más experimentados y habilidosos: cuando la mente es más poderosa que el cuerpo, hasta el desorden más absoluto contiene su dosis de disciplina, y si un mago ha puesto el telescopio en el rincón más alejado de la estancia en lugar de junto a una ventana, es porque lo necesita así. Entre los aprendices de Lord Melanto Darkstar había un pequeño chiste: un intruso podía saber lo gordo que era el lío en que se había metido según lo desordenado que estuviera el estudio en que se había colado; y un aprendiz podía saber lo cerca que estaba de convertirse en un verdadero mago dependiendo de lo ordenado que lo encontrara. Según ese estandar, Eileen tenía unos conocimientos sobre magia más o menos respetables, al menos en teoría; pero estaba metida en el lío más gordo en que se había metido jamás. Estaba tan aterrada que ni siquiera se alegró al ver, por el rabillo del ojo, en un atril cerca del fuego, el motivo por el que se había decidido a hacer lo que había hecho: un pesado libro, encuadernado en cuero de color rojo oscuro y de páginas marfileñas, en el que podría reconocer fácilmente, si se atreviera a acercarse a él, la caligrafía de su

maestro.

Naturalmente, Lord Oleander no le permitió que lo hiciera, sino que prácticamente la arrastró de la muñeca hasta la chimenea y la hizo sentarse en una de las sillas de ébano que había junto al fuego. Inmediatamente, el asiento cobró vida, y dos finos pero fuertes salcillos de madera le enlazaron la cintura: estaba atrapada de nuevo.

El anciano sirvió dos copas de vino, le entregó una y se acomodó frente a ella en una silla idéntica a la suya, pero que no reaccionó al ser ocupada.

—A tu salud, joven dama. —Dijo, levantando levemente la copa antes de dar un sorbo.

Eileen apoyó los labios en el borde de la suya, pero no bebió. Se limitó a oliscar discretamente la bebida; que, tal y como había temido, tenía un extraño olor mentolado.

—¿Y bien, joven? —inquirió el mago, con una sonrisa— ¿Qué te trae por aquí?

Aunque justo en ese instante acababa de recordar las palabras exactas para hacer el conjuro de camuflaje, la situación en la que se encontraba la muchacha era verdaderamente comprometida. En cualquier otra circunstancia similar a aquella, hubiera preferido beberse el vino y arriesgarse a que ocurriera lo que tuviera que ocurrir. No sólo porque cualquier tipo de muerte que pudiera sufrir hubiera sido infinitamente más rápida e indolora que cualquier otra cosa que le pudiera pasar en manos de Erebus Oleander; sino también porque, por muy duros y despiadados que fueran los métodos de Lord Darkstar, este le había proporcionado una educación como ella no había siquiera soñado con poder contar. Era un nigromante, desde luego; pero, de haber sido tan arrogante como otros magos de linaje noble de los que tenía noticia (entre ellos, el mismo Lord Oleander) probablemente hubiera despreciado sin pensárselo a aquella moza de taberna, impertinente y rebelde, con modales arrabaleros, la ropa de lana vieja y gastada y las manos picadas por el jabón de sosa. En cambio, en lugar de simplemente ignorarla, o incluso de tomarla como criada sólo para asegurarse de que ningún mago rival pudiera disponer de su Poder antes que él, con los consiguientes tratos degradantes que solía implicar ser una mujer joven al servicio de un varón (aunque tenía que reconocer que Melanto Darkstar, a pesar de encontrar cierto deleite sádico en ejercer su poder sobre sus subordinados, no tenía demasiada inclinación hacia ese tipo de vicios), la había tomado como aprendiz. Y tal vez ella no fuera una gran maga, ni le tuviera especial cariño a aquel hombre fiero y tenebroso, pero no iba a pagarle con traición la oportunidad que le había dado; y menos aún con una traición a favor de Erebus Oleander. Antes que arriesgarse a contarle a ese monstruo

sediento de poder y sangre algo que no debía, prefería morir.

Pero daba la casualidad de que, aunque los conjuros y hechizos ofensivos se le resistían bastante, haber sido moza de taberna también tenía sus ventajas: no había quien la superara a la hora de hacer y crear pociones de todo tipo, y podía reconocer sin la menor dificultad todas las recetas que habían pasado por su caldero o su boca.

Y, como la casualidad puede llegar a ser insospechablemente caprichosa, resultaba que aquel sutil aroma mentolado, mezclado discretamente con el del vino, había sido precisamente el del castigo que había tenido que afrontar la primera y última vez que se le había ocurrido mentirle a su maestro. Jamás podría olvidar el olor y el sabor de aquellas tres horas de humillación.

Pero, si quería conservar su nueva carta hasta el momento más interesante de la partida, no podía delatarse. Gracias a los dioses, la gema encantada seguía funcionando, y el viejo mago no podría percatarse de las alteraciones de su pulso:

—El libro, naturalmente. —Respondió ella.

—Y... ¿para qué podría estar interesada una chica joven y guapa como tú en mi viejo mamotreto?

Eileen sonrió con sarcástica frialdad. Podía permitírselo, se dijo. El Suero privaba al que lo ingería de la capacidad de mentir, pero no de la capacidad de enfrentarse a su interrogador. Y esa era su segunda gran especialidad.

—Para empezar, porque no es vuestro. Se lo habéis robado a Lord Melanto Darkstar. Y para seguir, porque lo que ha cambiado de manos una vez puede perfectamente cambiar dos.

En los ojos helados del viejo mago se entrevió un violento relámpago de ira; pero este supo contenerse, y el enfado sólo alteró su semblante tensando un poco su sonrisa:

—Y... ¿cómo ha llegado a tu conocimiento la noticia de que Melanto Darkstar, ese niño pretencioso, había perdido su libro? ¿Qué te ha hecho pensar que yo, con dos siglos de vida más que él y el señorío de las Tierras de Umbra, podría estar interesado en las creaciones mágicas de un jovencuelo, por muy duque que sea, y por mucho que diga superarme en poder?

—Oh, una tiene sus contactos...

—¿Y qué contactos son esos?

—Contactos con gente que sí lo sabía.

Estaba apostando muy fuerte, y lo sabía. Provocar a Lord Erebus Oleander podía tener consecuencias muy desagradables; pero también podía ayudarla a ganar algo de tiempo, o contribuir a que su ego herido lo llevara a cometer algún error que pudiera aprovechar para algo. En cualquier caso, el viejo nigromante iba a necesitar mucho más que unos tragos de Suero de la Verdad para obligarla a que le dijera algo que ella quisiera callar.

Por desgracia, el mago estaba empezando a impacientarse visiblemente. Respiraba pesadamente, como un animal enfurecido, y no parecía en absoluto interesado en seguir ocultando su cólera:

—¡Basta ya de juegos, niña! No puedes ocultarme que eres bruja, como no puedo ocultártelo yo a ti... por mucho que maquilles con hechizos tus constantes vitales, puedo percibir tu Poder tan claramente como tú el mío. Dentro de este laboratorio, sólo yo puedo hacer magia, así que no puedes hacer nada contra mí. Estás desarmada, sola... no estás en absoluto en posición de intentar desafiarme ¡Respóndeme de una vez! ¿Quién te ha enviado?

—Nadie.

—¿Esperas que me crea que una chiquilla inexperta y un niño mimado... han asaltado en plena noche el castillo del mago más poderoso del reino... simplemente, porque no tenían nada mejor que hacer... que intentar apoderarse del libro más peligroso jamás escrito?

—Exactamente. Ya sabéis... todos los jóvenes estamos un poco chalados.

Erebus Oleander estaba empezando a transpirar, y apretaba los brazales de la silla con tanta fuerza que se le habían puesto los nudillos blancos.

—¿Y tu maestro? Porque no intentarás hacerme creer... que te has instruido tú sola en las artes mágicas... ¿verdad?

—Oh, mi maestro no tiene ni idea de nada. Probablemente, todavía no se haya dado cuenta de que me he ido. Por cierto ¿qué ha sido de mi compañero?

El mago estaba, a todas luces, completamente desconcertado. De hecho, parecía cada vez más nervioso: era más que evidente que jamás se había encontrado con nadie, ni joven ni viejo, ni hombre ni mujer, ni mago ni no mago, que se atreviera a dirigirse a él con un desparpajo tan descarado. Pero entonces un repentino destello de astucia se asomó a sus ojos

azules, y la máscara de la rabia mal contenida se convirtió de nuevo en una sonrisa zalamera.

—Ah... ¿el chico Almadia? No te preocupes por él. Escapó. Se marchó corriendo a toda prisa, sin intentar siquiera recogerte del suelo. Elegiste a un mal guardaespaldas, joven dama. Probablemente esté de vuelta en la casa paterna, durmiendo en buena compañía, o pensando en cómo ocultar mejor tu desaparición.

Cómo se nota que este hombre conoce muy bien la vida de la Corte y muy mal a Aster de Almadia, se dijo Eileen. El pobre muchacho era tan tímido con el sexo opuesto que, de no ser porque estaba comprometido desde hacía casi diez años con una prima segunda (a la que él había empezado a cortejar cuando tenía siete, con flores de papel y raciones dobles de fresas con nata), hubiera jurado que no iba a casarse ni aunque le fuera la vida en ello. Y, desde luego, el honorable joven guerrero jamás le ocultaría a su maestro lo que había ocurrido esa noche. Pero eso no era precisamente bueno para ella, desde luego: no estaba muy segura de que a un hombre como Lord Melanto Darkstar, a quien todos los nobles del reino temían y fingían despreciar pero, en secreto, estaban desesperados por intentar enredar para disponer de su talento (ella solía cruzar apuestas con Aster sobre cuántas cartas recibiría su maestro hoy, cuántas leería, cuántas dejaría para más tarde y luego olvidaría leer y cuántas quemaría sin ni siquiera abrir el sobre; y en ese juego sí solía ganar), le importara demasiado la suerte de una aprendiz que se dedica a dejar la puerta abierta para que sus rivales le roben sus secretos. Desde el preciso instante en que tomó la decisión de infiltrarse en el Castillo Erebus, supo que debía olvidarse de contar con la ayuda del mago si las cosas salían mal.

La expresión de desaliento que apareció en su cara, y que la magia de la gema no podía camuflar, le resultó sorprendentemente útil:

—Sí, querida. Te han abandonado. Pero tranquila: yo soy un viejo experimentado... y sé reconocer la buena pasta cuando la veo. Dime lo que sepas de todo este asunto... y, no sólo te perdonaré la vida... sino que además te acogeré en mi casa para enseñarte todo lo que sé, mientras todavía pueda. Insiste en tus juegos... y, bueno, hace ya tiempo que mi oso-tigre no prueba la carne fresca. No creo que le haga muchos ascos a una jovencita tierna y jugosa... por muy insolente que sea.

Naturalmente, no iba a ser ella quien le dijera al nigromante que lo más probable era que a su bicho lo hubiera aplastado sin remisión una avalancha provocada por una explosión de nitroglicerina. Prefería fingir que se lo pensaba. Aunque, en realidad, sólo estuviera rezando todo lo que sabía para no tener que responder.

La respiración casi estruendosa del anciano le recordaba, segundo a segundo, que no podía mantener en pie aquella farsa mucho más. Respirando hondo para no llorar de pánico, contestó:

—No puedo aceptar, señor.

—Entonces, querida... no me queda más remedio... que hacer las cosas por las malas...

Fue entonces cuando Eileen se percató de que las coléricas palabras del mago sonaban cada vez más débiles, y de que el discurso no estaba entrecortado por pausas dramáticas para enfatizar las amenazas, sino por la fatiga: la ruidosas y pesadas inspiraciones del anciano se debían, en realidad, a que llevaba ya varios minutos luchando por respirar.

La luz anaranjada del fuego marcaba profundamente las arrugas del rostro de Lord Oleander, y le daba a su piel apergaminada un tono rojizo. Pero, ahora que la descarga de terror agudizaba sus sentidos, Eileen podía percibir que sus labios se estaban amoratando poco a poco, y que la aristocrática palidez de su piel estaba adquiriendo un desagradable tono azulado.

Instintivamente, la joven maga dejó caer su copa al suelo, y observó cómo el líquido púrpura formaba un charco a sus pies.

—Digitalina —dijo, mirando atentamente cómo al anciano se le dilataban las pupilas, mientras se llevaba la mano al brazo izquierdo con un rictus de dolor—. Supongo que el toque de menta del Suero de la Verdad ha camuflado el mal sabor.

El nigromante moribundo la miró con una mezcla de espanto y rencor, pero ella se encogió de hombros.

—Yo no tengo absolutamente nada que ver con esto. Si hubiéramos querido veros muerto, tened por seguro que esta situación hubiera tenido lugar hace mucho tiempo. Y, desde luego, no me hubieran mandado a mí para mataros.

Apenas Eileen hubo terminado de pronunciar estas palabras, el mago emitió un estertor ahogado y se desplomó sobre el charco de vino envenenado, inerte. La silla que la aprisionaba la soltó al volver a ser un mueble normal y corriente, de manera que pudo levantarse.

Ahora que el ejecutor de los embrujos que imprenaban la sala había muerto, se suponía que podía hacer magia en ella, y los encantamientos de uso doméstico formaban parte de su disciplina cotidiana desde poco después de empezar a aprender magia: apenas tardó unos segundos en limpiar la copa que había tirado y devolverla al sitio de donde el mago la

había cogido, y en hacer desaparecer todo rastro del vino que había en el suelo, de manera que pudiera parecer que el mago había fallecido estando a solas en su laboratorio secreto. Sólo esperaba que nadie se percatara de la ausencia del grimorio, aunque confiaba en que el viejo y astuto nigromante hubiera mantenido en secreto su adquisición.

Sonriendo alegremente por primera vez en un día entero, salió del laboratorio y ejecutó, por fin, el encantamiento de camuflaje, para fundirse con la oscuridad y poder salir de las mazmorras sin ser vista en cuanto los guardias se percataran de la muerte del mago y bajaran a buscar el cuerpo de su señor.

Desde luego, no podía creerse la suerte que había tenido.

* * *

Lord Melanto Darkstar había permanecido en silencio durante las dos horas que había durado el relato de su aprendizaje, con los ojos clavados en ella, sin interrumpirla ni una sola vez y mudando la expresión apenas un par de veces. Eileen, en cambio, sí parecía cada vez más cansada, aunque terminó su historia sin que su maestro tuviera que pedirselo por segunda vez:

—Y claro... como todos los encantamientos se estaban rompiendo, los guardias no fueron los únicos que se dieron cuenta de que el marqués de las Tierras de Umbra había muerto. Cuando conseguí salir de las mazmorras estaba cundiendo el caos por todo el castillo: gritos, carreras, gente huyendo, criados peleándose unos con otros... ¡incluso robando! ¡Al pasar por las zonas habitables, he visto a al menos cuatro esclavos y dos concubinas vaciar cofres enteros en zurroneos y bolsillos! Pero, gracias a la confusión, pude escapar muy fácilmente. Ni siquiera necesité volver a usar la magia, excepto para crear el Bolsillo de Aire donde metí el libro. Sí tuve que vadear el foso, por supuesto, de ahí mi elegante aspecto al llegar... pero, cuando iba por la calle, la gente ni siquiera me veía. He cruzado la Plaza Mayor sin que nadie se diera cuenta de que estaba allí. En parte, supongo, porque el barro me disimulaba bien; pero también porque, al parecer, ha habido un asalto mucho más ruidoso que el mío: una banda callejera ha armado un estropicio terrible en la mansión de la marquesa de Artha. Seguramente, los guardias reales que pudiera haber por la ciudad estaban demasiado preocupados buscando a un grupo de maleantes experimentados armados hasta los dientes como para preocuparse por una chica desorientada y cubierta de barro. Y bien... eso es todo.

El hechicero la observó un instante más, y luego, con tono fríamente profesional, le preguntó:

—Entonces ¿qué encantamientos dices que usaste con mi amatista?

—Un Encantamiento de Sujeción, para que no se me cayera por accidente, que me ha funcionado; otro de camuflaje de las constantes vitales, que también ha funcionado; un Encantamiento Barrera, como escudo contra conjuros de daño directo, que no he necesitado poner a prueba; y el pliegue de la realidad, para que todo ocurriera de la mejor manera posible, que me ha fallado.

—Que ha fallado, porque, según dices, los guardias os atraparon de inmediato, y tú acabaste encerrada en una mazmorra.

—Sí, maestro.

—¿Y saliste de ella con un conjuro que se suponía que no debías siquiera intentar hacer, pero que te salió perfectamente a la primera?

—Eh... sí, maestro.

—Y luego esquivaste por los pelos un chorro de nitroglicerina... cuya explosión te catapultó hasta una escalera que, de otro modo, tal vez no hubieras podido encontrar. Por encima de un suelo que, a juzgar por lo que tú misma acababas de comprobar, estaría seguramente lleno de trampas de contacto...

—Mmm... sí, maestro. Probablemente.

—¿Y la avalancha, provocada por la explosión que no te mató, aplastó sin remisión a un oso-tigre, que estaba al acecho en el corredor y que seguramente te hubiera devorado?

—Eso creo.

—Y, cuando Oleander te descubrió rondando por su laboratorio secreto y procedió a sonsacarte información ¿resultó que, de todos los métodos que un poderoso mago oscuro puede elegir para interrogar a su víctima, se le ocurrió utilizar el Suero de la Verdad, la única pócima de este tipo que tú misma has podido preparar y probar?

—Sí... sí, maestro.

—Y el vino, que sirvió en ambas copas, resultó haber salido de una botella envenenada con digitalina. Un veneno que él no había detectado antes, a pesar de ser sospechosamente común. A pesar de que, como nigromante, tiene enemigos poderosos, y lo sabe. Ya deberíais saberlo, señorita Dawnlight: los magos oscuros jamás abrimos un regalo, ni lo probamos, proceda de quien proceda, incluso si nos lo ha dado en mano nuestra propia madre, sin haberlo examinado minuciosamente primero. Llámanos

paranoicos, si te place. Probablemente, este asesinato del que estás hablando sea producto de una traición: ya has podido ver con tus propios ojos que el ahora difunto Lord Erebus Oleander no era en absoluto una persona querida. Y mira tú por donde: tú has estado allí esta noche, en el lugar adecuado, en el momento preciso, en las circunstancias más propicias, las únicas que te permitían aprovechar a fondo, y sacarle todo el partido posible, a una situación de la que tú misma estabas segura que no saldrías viva, antes de escapar ilesa de un lugar del que nadie antes que tú ha conseguido escapar jamás, ni vivo ni muerto. Todo ello usando apenas unos cuantos conjuros menores... ¡porque ese encantamiento de inmunidad al hierro, que tu enemigo podría haber realizado incluso dormido, es lo más complicado que has tenido que hacer en ese castillo!

—Sin ánimo de ofender, maestro ¿a dónde queréis llegar?

Lord Darkstar le dedicó a la joven una sonrisa lobuna.

—¿No te parece que las cosas te han ido, precisamente, todo lo bien que te podían ir?

Eileen se quedó mirando a su maestro, boquiabierta, mientras la sonrisa del mago se iba ampliando lentamente hasta convertirse en una carcajada, un sonido que jamás había esperado llegar a oír y que, de haberlo oído cuando era una simple moza de taberna, la hubiera aterrorizado.

—¡Demonios! —exclamó él, una vez se le hubo pasado el ataque de risa— Me has robado, has permitido que me robaran, te has puesto en riesgo de acabar traicionándome y haciendo aún más poderoso a mi rival ¡y es probable que hayas salvado mi vida, la tuya y el destino de todo un país! Bien... supongo que son gajes del oficio. Cuando decidí instruirte ya sabía que, cuando dos magos de tendencias opuestas navegan en el mismo barco, pueden llegar a pasar cosas verdaderamente inauditas. Pero la próxima vez que decidas tentar a la suerte, asegúrate de que no sea estando bajo mi protección. Espero, por lo menos, que todo esto te haya servido para aprender algo útil.

Eileen lanzó una mirada dubitativa a la sortija que todavía llevaba en el dedo, el anillo encantado que había sido su talismán esa noche. Podía percibir que el efecto de los conjuros se había ido disipando poco a poco, y que la joya había vuelto a ser una sortija corriente; así que se la quitó y la observó detenidamente, antes de depositarla con cuidado en el escritorio de Lord Darkstar. Le resultaba difícil pensar que un simple trozo de cuarzo violeta, pulido y engarzado en un fino aro de plata, una joya que cualquier dama de la Corte, o incluso cualquier hija de un mercader, podía comprar con un puñado de monedas reunidas casi sin querer, pudiera ser tan poderoso como para aplastar a un oso-tigre, envenenar a un nigromante y hacer que una bruja principiante hiciera prodigios que ni su propio

maestro se atrevía a intentar.

—Sí. Supongo que la suerte, ya sea concedida por los dioses u obtenida mágicamente, es muy caprichosa. De la misma manera que hoy la he tenido a mi favor, mañana podría tenerla en contra, porque ningún mortal puede controlarla realmente a su arbitrio. Confiar en ella no es precisamente lo más sensato que he hecho hoy.

—Entenderás, entonces, que no te perdone el castigo por haber perdido mi libro: tendrás que limpiar tú sola el castillo entero, hasta el último rincón, y con tus propias manos.

La joven suspiró, desalentada: desde luego, no era tan malo como que decidiera dejar de enseñarle magia, pero podía llegar a tardar todo un mes en completar la tarea.

—Pero —añadió el mago, con una sonrisa maliciosa— puedo plantearme la posibilidad de reducirlo a las mazmorras y las torres... si eres capaz de hacer el encantamiento de la inmunidad al hierro, a lo largo del día de mañana.

—¡Señor, ese conjuro está muy por encima de mis capacidades actuales! —exclamó Eileen, espantada— Vos me dijisteis que...

—Recuerdo perfectamente lo que te dije, Dawnlight —replicó él, cortante—. Y también recuerdo perfectamente la respuesta que me has dado: la que te ha dado la gana.

La chica tragó saliva. Ahora que había perdido la protección del anillo, no podía impedir que su maestro se percatara de cómo los latidos de su corazón se iban acelerando.

—Tampoco hace falta que hagas testamento esta noche, curandera —repuso él, un poco ofendido—. No es que pretenda hacer que te juegues la vida. Has podido hacerlo hoy ¿no? Segunda lección de la noche, joven dama... la suerte no lo puede todo. Un pliegue en la realidad es sólo una reducción del factor de improbabilidad. El azar no es magia, sino física, por lo que no puede alterar las leyes del Universo. No puede hacer que ocurra aquello que no puede ocurrir, no permite hacer nada que escape realmente a las capacidades del mago que lo usa, por muy a su favor que lo tenga. Así que no pienso conformarme con menos de lo que has demostrado poder hacer hoy.

—Sí, maestro. —Rezongó ella, sintiéndose súbitamente agotada con sólo pensar en las semanas que le esperaban.

—Come algo. Duerme bien. Y ponte ese ungüento en la herida...

—... tres veces al día, hasta que el corte haya cicatrizado por completo —completó la joven—. Sí, maestro. Tened una buena noche, y... bueno, lo siento.

—¿Cómo dices? —Inquirió el hechicero, arqueando una ceja.

—Quiero decir que lamento todo lo que ha ocurrido. No era mi intención que las cosas pasaran de esta manera: perder vuestro libro, meterme en problemas... y acabar montando semejante jaleo. No volverá a ocurrir.

Lord Darkstar suspiró despacio, como si estuviera meditando algo, o más bien como si no estuviera seguro de cómo reaccionar a las palabras de su aprendiz. Inmediatamente después empezó a sacar pergaminos de los cajones y a abrir algunos de los libros que tenía cerca, como si necesitara imperativamente ponerse a hacer algo que lo distrajera, aunque Eileen era consciente de que no era del todo una reacción emocional: debido a la muerte de Lord Erebus Oleander, se habían puesto en marcha una serie de acontecimientos en los que su maestro iba a verse obligado a participar, cuando no a verse directamente involucrado, quisiera él o no.

—Para poder aceptar esas disculpas voy a tener que esperar a ver las verdaderas consecuencias de tu noche de suerte —contestó, finalmente—. Desde luego, has quitado de en medio a un peligro público; pero aquí todo el mundo sabe, o sospecha, que ahora soy indiscutiblemente el mago más poderoso del reino, y el nigromante más peligroso del mundo conocido ahora mismo. Sea quien sea quien lo ha matado, es altamente probable que uno de sus objetivos fuera hacerse con mi libro de hechizos, o que tenga cuentas pendientes conmigo también. Tampoco podemos olvidar que, aunque muy remotamente, el marquesado de las Tierras de Umbrá está vinculado a la corona; así que también puede ser que estemos ante las primeras fases de un golpe de Estado meticulosamente planeado. Tengo que averiguar quién es el auténtico asesino antes de que vuelva a mover ficha. Venga, vete a dormir. Tienes mucho trabajo. Y, por cierto...

—¿Sí, señor?

—Estoy más que satisfecho con tus progresos.

Eileen tuvo que respirar hondo disimuladamente para que Lord Darkstar no notara la radiante sonrisa que estuvo a punto de escapársele.

—Gracias, maestro.

—Bien... asegúrate de estar a tu pleno potencial mañana. Lo vas a

necesitar.

—Por supuesto, señor.

Se levantó del escritorio para hacer una pequeña inclinación a modo de despedida, así como para despertar a Aster, que se había quedado completamente dormido en la silla de al lado hacía rato. Con educada discrección, lo condujo a la salida, aún somnoliento, y cerró la puerta suavemente.

Apenas hubo salido del despacho, dejando detrás de sí un silencio espeso, hizo un gesto victorioso y bailó silenciosamente por el pasillo, ante la mirada divertida del joven Almadia.

—Vaya, qué contenta estás ahora —le reprochó él—. Y, mientras tú te divertías, yo estaba aquí, aguantando el cabreo del mago y escuchando cómo me aseguraba que Lord Oleander te iba a cortar en pedacitos, beberse tu sangre, y otras cosas igual de agradables.

—¿Divertirme? —replicó ella, con un bufido— ¿No has oído lo que hemos estado diciendo? ¡He estado a punto de morir envenenada, de ser obligada a confesar contra mi voluntad todos mis secretos *otra vez*, de que me comiera un oso-tigre, de saltar por los aires en pedazos y de que me convirtieran en grillo! Me ha salvado una puñetera amatista encantada.

Aster rió entre dientes.

—Yo es que no entiendo gran cosa de magia, ni siquiera de ciencia común. Ya sabes que lo mío son las armas, la poesía, la papiroflexia y las carreras de marmitas. Pero sí estoy seguro de que eso del grillo te lo acabas de sacar de la manga tú.

—¡A ver si crees que el castigo del mago se iba a reducir realmente a limpiar el castillo, si es que llego a volver aquí sin su libro después de jugarme la vida de los dos, a tontas y a locas y sin su permiso!

—A eso me refiero, precisamente —señaló Aster, con tono jocos— Ya lo conoces ¿no? ¿Para qué molestarse en castigar a una aprendiz con la cabeza llena de pájaros y tendencia a las ideas descabelladas, si no va a haber de por medio una auténtica humillación que él pueda disfrutar para resarcirse? Probablemente te hubiera convertido en un cubo de basura, en una toallita higiénica...

—... en un tarro de pis de buey...

—... sí, ya sabes. Un grillo es demasiado digno para sus estándares

habituales.

Ambos estallaron en carcajadas, y pasaron casi cinco minutos riendo hasta las lágrimas. Finalmente, se dieron un fuerte abrazo, como si fueran dos hermanos que llevaban toda una vida sin verse. El guerrero tenía las mejillas húmedas.

—Ay, Eileen... ¡creía que te habíamos perdido! Y que, además, iba a ser culpa mía...

—Vamos, vamos... tranquilo —le decía ella, aunque también estaba llorando—. Ya ves que he conseguido volver, casi completamente sana y salva. Y no tienes nada que lamentar, hiciste lo que pudiste. Cuando se trata de magos, a veces las espadas son inútiles.

El futuro conde negó con la cabeza, rechazando las palabras de consuelo. Eileen podía contar con los dedos de una sola mano las veces que había visto a Aster de Almadia tan serio.

—Escucha, Eileen... aquellos no eran magos. Eran guardias... simples guardias normales y corrientes, armados sólo con vulgar acero —dijo, con amargura—. Tal vez no hubiera podido con ellos yo sólo, y en eso tienes razón; pero no debería haber vuelto aquí sin ti. Debería haberme quedado. Haber intentado hacer algo para sacarte de allí, aunque sólo fuera para acabar en la misma mazmorra que tú. Eres mi maga, y tengo que protegerte con mi espada, como tú me proteges a mí con tu magia.

A la joven hechicera le preocupaba la repentina tristeza de su amigo, sobre todo porque sabía lo que había implícito en sus palabras: la cobardía no era delito; pero se consideraba impropia de un caballero, y un estigma muy deshonoroso para un conde.

—Escucha, Aster. Probablemente, el hecho de que no hicieras nada para ayudarme no es culpa tuya. Los pliegues de la realidad funcionan así: las leyes del azar confluyen a favor de aquel que lo ha realizado. Es una magia complicada, no tanto por la técnica que exige como por las consecuencias que puede traer; y los magos tenemos estrictamente prohibido usarla con fines que no sean puramente defensivos, como los que yo tenía esta noche. Si a ti se te ocurrió la idea de huir antes que la de salvarme, tal vez se debiera a que la magia que yo había invocado lo consideró oportuno. Por eso la suerte es tan peligrosa... porque lo que para mí es una bendición, puede ser una maldición para otro. Nunca podré sacarme de la cabeza el olor a sangre que había en aquel corredor, el del oso-tigre aplastado bajo las rocas. Desde luego, de haber tenido ocasión, me hubiera devorado... porque era sólo un animal salvaje, hambriento y encadenado, una más de las crueldades de Erebus Oleander. Y tampoco podré olvidar la expresión de terror del mismo Oleander al darse cuenta de que estaba condenado, de que no iba a morir con la vara de mago en

la mano, calcinado por una bola de fuego o fulminado por un relámpago, en un duelo a muerte contra Lord Melanto Darkstar o cualquier otro mago que quisiera reclamar para sí su porción de Poder, sino de algo tan mundanamente cruel y aséptico como un infarto, tal vez provocado por la misma mujer que le había estado calentando la cama antes de bajar al laboratorio, o por el mismo esclavo que le había servido a cena. Es el castigo que se ha buscado por llevar el tipo de vida que ha elegido llevar, desde luego; y no me refiero a la práctica de la magia negra: raptar a las mujeres recién casadas de su señorío, amenazar con subir los impuestos a los campesinos que se negaran a entregarle a una hija o esposa de la que se hubiera encaprichado, torturar por placer, hacer ejecutar por delitos menores, asesinar a sus potenciales rivales con los métodos más crueles para apoderarse de sus conocimientos y poderes... era un monstruo, una bestia dotada de todas las capacidades humanas y prácticamente ninguna de sus virtudes. Él mismo se ha ganado a pulso cada uno de los enemigos que se ha hecho. Pero no dejaba de ser un hombre. Un igual, al que he visto morir como un perro. Para que yo pudiera escapar de allí, para que yo pudiera devolverle un libro repleto de magia poderosísima a otro mago tenebroso. Un nigromante que no es un tirano, ni un ladrón, ni un violador; pero sí un sádico al que no le importa absolutamente nada que no sea él mismo, y que no tiene el menor escrúpulo para mancharse las manos de sangre si eso le sirve para avanzar en sus investigaciones y acrecentar su poder mágico. Porque es verdad que él no es un mal señor, que no tiene interés en apoderarse de las tierras y los títulos de otros, y que cree que todos deberíamos gozar de la misma libertad que él tiene, como mago, para intentar hacer lo hace, en la medida de nuestras posibilidades... pero ¿qué es lo que él hace, sino el mal? ¿No soy maga yo también, y sé lo que sería capaz de hacerme si me interpusiera en su camino? ¿No corro peligro en este castillo, a pesar de que estoy aquí porque él me he hecho venir? Dime, Aster... ¿a quién le ha sonreído realmente la suerte esta noche?

El muchacho se quedó mirándola, con la boca abierta. Pasados unos instantes suspiró, y se rascó la barba, incómodo. Aunque no se consideraba a sí mismo como un genio, podía darse cuenta de que aquella noche había pasado algo realmente importante, y que iba mucho más allá de la desaparición de la amenaza que suponía para ellos Erebus Oleander. El día anterior a aquellas horas eran dos colegas traviosos, un joven aristócrata apocado a quien su padre le estaba empezando a exigir que adquiriera la formación necesaria para ser un buen señor y guerrero y una antigua moza de taberna con poderes mágicos que sufría cada dos por tres las iras de un maestro gruñón con métodos docentes un poco expeditivos. Ahora, a solas en aquel pasillo, heridos, con las ropas rotas y deslucidas, sí parecían un poco más el hijo de un conde y una aprendiz de mago.

Era como si aquel vertiginoso encuentro con la Muerte, aunque la suerte los hubiera mantenido a distancia prudencial de ella, los hubiera hecho

percatarse repentinamente de todo lo que había por delante de ellos.

—Tienes razón, Eileen —dijo él—. Y eso es lo que me hace pensar que tal vez deberíamos tener más cuidado con las aventuras que emprendemos. Ya sabes... tomárnoslas más en serio. Algún día llegará el momento en que lo último que nos apetezca sea meternos en líos, pero tendremos que hacerlo. Y por motivos muy diferentes a los que tenemos ahora.

—¿Cómo dices? —Inquirió la maga, arqueando una ceja; y Aster, a pesar de lo serio que estaba, no pudo evitar echarse a reír. La joven sonrió también, aunque no sin cierta melancolía, y dijo —Sí, tienes razón. Vas a ser un gran señor, vas a ser marido y padre, vas a tener unas responsabilidades extraordinarias. Además de que no me quiero ni imaginar lo que supondría para tus padres perderte. No sólo porque seas su heredero, sino porque es evidente que te adoran. No quiero que acaben en una tumba prematura porque te he metido en un lío estúpido del que no has podido salir. Además de que —añadió, con tono jocos—, según creo recordar, tu novia tiene bastante imaginación a la hora de imaginar cosas macabras. Seguro que planificaría para mí un asesinato especialmente lento y doloroso.

—¡Qué dices! ¡Mi Roween da algo de miedo cuando hablas con ella por primera vez, pero es una chica tierna y dulce! —respondió él, haciéndose el ofendido—. Si fueras tú la que no lo contaras, Lord Darkstar sí que no tendría la menor piedad conmigo. Probablemente se convertiría en un dragón rojo gigante y me tragaría vivo, no sin antes arrasar con mi condado a sangre y fuego.

—Bah, qué exagerado eres. Él es el marqués de la Estrella Negra, y yo soy una aprendiz de mago salida de ninguna parte. Y, por si fuera poco, una posible futura enemiga.

—Por favor, Eileen. Para empezar, no vas a ser una aprendiz toda tu vida: ser un aprendiz siempre es un camino de paso —la aleccionó su amigo—. Y para seguir, ya sé que él va por ahí fingiendo que le incordia haber acabado siendo maestro de una maga blanca, que no te aguanta, y que sólo te soporta porque le eres potencialmente útil; pero hasta tú tienes que haberte dado cuenta de que te ha cogido cariño. Como acabas de decir de Erebus Oleander, no deja de ser sólo un hombre, como tú y como yo. A pesar de esa astucia tan fría y de ese aura peligrosa, y a pesar de que sus métodos sean sumamente desagradables y sus fines más que turbios. Cuando mi padre me dijo que había llegado a un acuerdo con su viejo enemigo para mandarme al Castillo de la Estrella Negra a complementar mi formación como guerrero, me quedé espantado, porque ya había visto antes a Lord Darkstar, y había oído hablar de él todavía más: de su crueldad, de sus poderes y de todas esas cosas de las que estás hablando. Pero a medida que vas pasando tiempo estudiando con él, te vas dando cuenta de que, en realidad, la gente lo está juzgando más

por ser poderoso y taimado que por ser maquiavélico. Todas esas cosas que dicen de él son ciertas, pero lo que en realidad nadie le puede perdonar es que, en lugar de lanzar las piedras y esconder la mano, o de justificarse con discursos altisonantes cargados de moralina, las hace a frente descubierta y llamándolas por lo que son. Que sí, que ha matado, y de maneras terroríficas; pero los dos sabemos que nuestro rey ha matado en combate a más personas en un sólo día de las que él va a matar probablemente en toda su vida, y que mi propio padre no se ha quedado muy atrás cuando le ha tocado salir al campo de batalla. También es verdad que le encanta mandar a los sirvientes díscolos a limpiar una mazmorra en la que acaba de sacrificar una decena de cachorritos, o convertirlos por un rato en cuchillos para pelar las cebollas, o en desatascadores y cosas de ese tipo; pero todavía no se sabe de ningún hombre al que haya destruido a traición para meterse en la cama con su mujer sin que nadie se atreva a toserle, ni que haya hecho encerrar o ejecutar injustamente a nadie para quedarse con sus tierras, cosa que hemos visto hacer a muchos de los pares del reino que lo acusan de ser "arrogante" y "malvado". Al menos, él es sincero respecto a lo que hace y a lo que no. Y además, también tiene su lado galante. Probablemente hubiera intentado sacarte de las garras de Erebus Oleander aunque hubiera tenido la certeza de que estabas muerta.

Eileen se sonrojó, un poco avergonzada.

—Supongo que tienes razón. Tal vez ni siquiera yo misma, que estoy orientándome hacia la magia blanca, pueda decir que soy una santa. Haber puesto en peligro a todo el reino no ha estado bien. Tengo que reconocer, de hecho, que esta noche he sido bastante egoísta: no he pensado ni por un segundo en mis tíos, ni en lo que podría haber llegado a pasarnos si Lord Oleander me atrapaba. Sólo tenía miedo de que nuestro maestro me expulsara del castillo. Sé que ya tengo una formación suficiente como para buscarme la vida un poco yo sola, y que trabajar en una taberna no es menos honroso que ser maga... pero, para que te hagas una idea, eso sería para mí como ser desheredada.

El joven guerrero se dio cuenta de que su amiga amenazaba con contagiarse de su momentánea melancolía; y él había madurado mucho esa noche, pero no tanto como para no saber reconocer una victoria cuando la tenía delante. Así que soltó una carcajada y le dio un par de palmadas en la espalda, dispuesto finalmente a quitarle hierro a todo aquel asunto:

—Bueno, bueno... vamos a dejar de ponernos tan existenciales. Después de todo, la cosa no ha salido nada mal ¿no? ¡No sólo has recuperado el libro, sino que además has tomado el Castillo Erebus tú sola! Y esa brecha que tienes en la frente no te va a matar ¿verdad?

—Qué va, esto no es nada. Ya ni siquiera me duele. Mañana estaré como nueva.

—Por no decir que, además, el gran *Lord* Melanto Darkstar, duque de la Estrella Negra, mago tenebroso más poderoso del reino y nigromante más peligroso del mundo conocido ahora mismo... te ha dicho, sin tapujos, que está satisfecho con tus progresos ¡No es algo que diga todos los días, y menos a uno de nosotros dos!

La aprendiz no pudo resistirse a la fresca ironía de su amigo, y acabó riéndose también. Recuperado su habitual optimismo, sonrió ampliamente, no sin cierta malicia:

—¿Y qué te apuestas a que esta vez consigo ganarte a una carrera de marmitas?

—En tus sueños, Dawnlight —replicó el muchacho, con una sonrisa socarrona idéntica a la suya—. Puede que le hayas servido a nuestro maestro la cabeza de su enemigo en una bandeja de plata prácticamente sin querer, y que vayas camino de convertirte en una digna sucesora suya. Tal vez seas incluso más valiente que yo. Pero las carreras de marmitas siguen siendo más. Por muy archimaga blanca que acabes siendo, a la hora de correr no tienes nada que hacer contra Aster de Almadia.

—¿Y por qué no? —lo retó ella, guiñándole un ojo— ¡Después de todo, esta es mi noche de suerte!